



LLAMADA
DE MEDIANOCHÉ

INSTITUTO BÍBLICO ONLINE

El libro de Daniel

VOCERO DEL DIOS DE LA HISTORIA

EXPONE

Pablo López



Llamada de Medianoche Uruguay



+598 99 000 540



LlamadaWeb.org



CLASE 17

Temario de todo el curso

Introducción al estudio del libro.

- Contexto histórico, autor, fecha y temas principales.
- La autenticidad de Daniel.

Parte I.

Las vivencias de Daniel. Capítulos 1 a 6

- Capítulo 1. Mantener convicciones en un sistema absorbente.
- Capítulo 2. Marcar diferencias en un sistema incoherente.
- Capítulo 3. Mostrar denuedo en un sistema intolerante.
- Capítulo 4. Ministrar fielmente en un sistema impenitente.
- Capítulo 5. Mirar distante en un sistema irreverente.
- Capítulo 6. Militar irrepreensible en un sistema intrigante.

Parte II.

Las visiones de Daniel. Capítulo 7 a 12.

- Capítulo 7. La visión de las cuatro bestias.
- Capítulo 8. La visión del carnero y el macho cabrío.
- Capítulo 9. La visión de las setenta semanas.
- Capítulo 10. La visión del varón vestido de lino.
- Capítulo 11. La visión de los reyes futuros.
- Capítulo 12. La visión del tiempo del fin.

Conclusión.

- El impacto de una trayectoria intachable.



CAPÍTULO 10.

LA VISIÓN DEL VARÓN VESTIDO DE LINO

Los capítulos 10 al 12 son una unidad temática. El 10 es el prólogo de la profecía, que se concentra en el 11 y el 12 es el epílogo. Todo el conjunto es una “ampliación de contenido” de los eventos de la visión del capítulo 8. El Señor revela acontecimientos relacionados tanto con el futuro cercano, el conflicto entre Persia y Grecia, como con el lejano, esto es, lo que ocurriría a Israel en los tiempos postreros.

El capítulo 10 revela el trasfondo espiritual de los conflictos que ocurren en el mundo físico. Muestra a los ángeles actuando a favor y en contra de los gobiernos de los hombres. Los sucesos descritos en el capítulo 11, hasta el versículo 35 están relacionados con Antíoco Epífanes, quien como vimos, sirve como cuadro premonitorio de lo que ocurrirá en los días finales. Lo que se describe desde 11:36 a 12:13, tiene que ver con la tribulación escatológica que vendrá sobre Israel, que tendrá lugar cuando se manifieste el Anticristo y la ira de Dios sea consumada.

Veremos a un anciano Daniel, siempre atento al mensaje de Dios, siempre interesado por el futuro de su nación de Israel y muy amado por el Cielo. Los efectos anímicos que estas visiones le producen, hablan a las claras del amor del profeta por su pueblo y la búsqueda constante de su bienestar.

El bosquejo del capítulo será:

- La visión del varón (10:1-8)
- El mensaje del varón (10:9-14)
- La reacción de Daniel (10:15-21)

10.1 La visión del varón (10:1-8)

El capítulo comienza, como los anteriores, con la fecha en que se recibió la visión. Fue “en el año tercero de Ciro (536 a.C.), dos años después del decreto que permitió a los judíos regresar a su tierra natal para restaurar el templo y reanudar los sacrificios (Esdras 1:1). Probablemente Daniel ya estaba jubilado, pues en 1:21 se dice que continuó en servicio “hasta el año primero del rey Ciro”. Quizás por esto, para establecer claramente su identidad, se identifica con sus dos nombres, añadiendo aquel que le fuera dado por Nabucodonosor para asimilarlo a la cultura de Babilonia (aunque en realidad nunca llegó a ser llamado solo con ese nombre).



Daniel enfatiza que la palabra que recibió “era verdadera, y el conflicto grande; pero él comprendió la palabra, y tuvo inteligencia en la visión”. Como el capítulo 10 es introductorio para el 11, se prepara el escenario para una profecía que describe tiempos difíciles para Israel. El conflicto en el que el pueblo de Dios se verá envuelto será largo y agotador.

El profeta confiesa que había pasado por un tiempo de mucha tristeza “estuve afligido por espacio de tres semanas”. No se dice la causa de esta tristeza. Quizás fuera por el impacto emocional de los eventos que le habían sido revelados antes. Quizás, como algunos piensan, se debía a los relativamente pocos judíos que regresaron con Zorobabel o a los muchos obstáculos que estaban enfrentando los judíos para la edificación del templo en Jerusalén. Cabe aclarar que Daniel no regresó con ellos, seguramente debido a su avanzada edad para emprender un viaje de esas características. A esa altura tendría, probablemente, cerca de 90 años.

Sea cual sea la razón, Daniel actuó como si estuviera guardando luto. “No comí manjar delicado, ni entró en mi boca carne ni vino, ni me ungí con ungüento, hasta que se cumplieron las tres semanas”. Por un periodo de tiempo, Daniel se privó de lujos y privilegios gastronómicos y no usó perfumes, como era la costumbre de aquella tierra. No se trataba de una actitud masoquista o depresiva, sino de un tiempo de profunda inquietud y preocupación sobre el futuro de su pueblo.

Estando en esa actitud reflexiva tuvo la visión que se describe, “el día veinticuatro del mes primero”. El comentario de Jamieson, Fausset y Brown señala que “Nisán, el mes más apto para la consideración de las calamidades de Israel, siendo el mes en el cual la fiesta de los panes ázimos (sin levadura) les recordaban su esclavitud egipcia. Daniel lamentaba no sólo los siete días señalados (Ex. 12:18), desde la tarde del día catorce hasta el 21 de Nisán, sino tres veces siete, para señalar su pesar extraordinario. Su tristeza terminó el día veintiuno, el día que terminaba la fiesta pascual; pero la visión no vino hasta el día veinticuatro, a causa de la oposición del “príncipe de Persia” (v. 13).”

Daniel estaba junto al “gran río Hidekel”, que generalmente se identifica con el Tigris, el más oriental de los dos grandes ríos que, junto con el Éufrates, definen la Mesopotamia (actual Irak) Cuando contempló la visión del “varón vestido de lino”. La identidad de este personaje celestial es motivo de debate entre los estudiosos bíblicos. Hay dos interpretaciones mayoritarias. Están quienes sostienen que se trata de una teofanía (una manifestación visible de la segunda persona de la deidad antes de la encarnación), basados en la similitud de esta descripción con la que hace Juan en Apocalipsis 1:12-16.

Y me volví para ver la voz que hablaba conmigo; y vuelto, vi siete candeleros de oro, y en medio de los siete candeleros, a uno semejante al Hijo del Hombre, vestido de una ropa que llegaba hasta los pies, y ceñido por el pecho con un cinto de oro. Su cabeza y sus



cabellos eran blancos como blanca lana, como nieve; sus ojos como llama de fuego; y sus pies semejantes al bronce bruñido, refulgente como en un horno; y su voz como estruendo de muchas aguas. Tenía en su diestra siete estrellas; de su boca salía una espada aguda de dos filos; y su rostro era como el sol cuando resplandece en su fuerza.

Otros creen que solo se trata solo de un ángel de alto rango, argumentando que Dios no necesitaría la ayuda de Miguel para cumplir su propósito (10:13). Esto no necesariamente implica que carece de poder para hacerlo por su cuenta, pues muchos de los juicios divinos revelados en Apocalipsis serán ejecutados por ángeles, y esto no es porque Dios no pueda con ello.

Francamente, a no ser por ese detalle, todo lo que se dice de él nos hace pensar en que Daniel estaba viendo al Hijo de Dios. Sin perjuicio de las diferentes opiniones, el varón que se apareció estaba “vestido de lino”. Este textil se identifica siempre con santidad y pureza. Está presente en la ropa de los sacerdotes y de varios seres gloriosos en las Escrituras (Levítico 6:10, Ezequiel 9, Apocalipsis 15:6, 19:14). Tenía sus lomos ceñidos con un cinturón “de oro de Ufaz”. El oro es símbolo de realeza. Es difícil saber si Ufaz es el lugar donde se encontraba el yacimiento aurífero, o una expresión que alude a la calidad del oro, una forma de decir “oro fino de 24 quilates”.

Su cuerpo “era como de berilo”. Se trata de un mineral semiprecioso proveniente de Tarsis, como se llamaba entonces al sur de España. Se conoce también como crisolito, topacio o jaspe amarillo. Es una figura de belleza. Su rostro radiante “parecía un relámpago”. En ese fulgor, sobresalía el resplandor de sus ojos que brillaban “como antorchas de fuego”. Una figura de la visión penetrante y omnisciente de Dios. Sus brazos y pies eran “de color de bronce bruñido”. El bronce representa la justicia divina. El bruñido o pulido habla de brillo y belleza.

Finalmente, la imponente voz de aquel personaje era “como el estruendo de una multitud”, sonora, potente y autoritativa. Recuerda la voz que es como estruendo de muchas aguas. Ez. 43:2. Ap. 1:15

Por lo que parece, Daniel no estaba solo cuando este ser se presentó. Pero quedó solo inmediatamente, pues los hombres que estaban con él huyeron, presas “de un gran temor”, espantados de la presencia de los ángeles y fueron a esconderse.

Una vez solo. Daniel confiesa “vi esta gran visión, y no quedó fuerza en mí, antes mi fuerza se cambió en desfallecimiento, y no tuve vigor alguno”. Si bien él no salió corriendo, fue tan impactado por la visión que quedó debilitado y exhausto. Tanto que solo con intervención sobrenatural puede recobrar el ánimo para continuar.



10.2 El mensaje del varón (10:9-14)

Daniel estaba solo y desfalleciendo. La visión gloriosa del hombre vestido de lino y la potencia de su voz hizo que Daniel se fuera de bruces al suelo, literalmente. Entonces el aquel varón se acerca a Daniel. “Y he aquí una mano me tocó, e hizo que me pusiese sobre mis rodillas y sobre las palmas de mis manos”. Es notable ver el toque del Cielo fortaleciendo a su siervo. Una mano se extiende para ayudarlo. Una voz alentadora le dirigió la palabra: “Daniel, varón muy amado, está atento a las palabras que te hablaré, y ponte en pie; porque a ti he sido enviado ahora”.

Esta es la segunda vez que Daniel es llamado “muy amado” (ver 9:23). En ambas ocasiones, son palabras de aliento para animar y fortalecer al profeta, en el contexto de perturbadoras revelaciones respecto del futuro del mundo y de su pueblo. Es interesante recordar que este calificativo “amados de Dios” es aplicado a cada creyente en Jesucristo. Cada uno de los hijos de Dios es un amado del Padre, con un amor que no es meramente verbal, sino esencialmente práctico: “En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él” (1 Juan 4:9)

Daniel es fortalecido para que pueda ponerse de pie, de modo de escuchar con atención el mensaje que se traía para él: “Mientras hablaba esto conmigo, me puse en pie temblando”. Notando que Daniel aún está inquieto, el ser celestial le dijo: “Daniel, no temas; porque desde el primer día que dispusiste tu corazón a entender y a humillarte en la presencia de tu Dios, fueron oídas tus palabras”.

La expresión “no temas” siempre me habla de gracia. La presencia de Dios es intimidante y aterradora. Su presencia provoca temor. Su trono es demasiado santo. Invariablemente, los que fueron testigos de manifestaciones divinas - Israel en Sinaí, Gedeón, Manoa o Isaías – todos pensaron que la muerte les sobrevendría. Pero también, invariablemente, el Señor se acerca con estas palabras: “no temas”. Dios invitó a Moisés a subir al Monte, en Isaías 6 un ángel purificó al profeta, en Apocalipsis 1 el propio Jesús extendió la mano para levantar a Juan con las mismas palabras “No temas”. Philip Yancey dice que “no temas” es el mandamiento más repetido en los evangelios.

La Biblia invita a “acercarnos confiadamente al trono de la gracia”. Como lo explica el autor de Hebreos en el capítulo 12, Dios es el mismo, pero el trono al que venimos es muy distinto de aquel “que ardía en fuego, a la oscuridad”. Es el trono donde está sentado nuestro Padre Celestial, en virtud de la obra mediadora de Jesucristo.

Dios escuchó la oración en el instante en que fue pronunciada. Y en esta ocasión el Soberano decidió responder en el mismo momento que el profeta hizo su petición. Es interesante ver que la respuesta es inmediata, pero puede ayudarnos tener en cuenta la preparación y perseverancia de Daniel en la oración,



tanto en cuanto al tiempo como a la intensidad con la que se dedicó a ella (10:2), No solo porque afligió su cuerpo privándose de manjares delicados, sino porque dispuso su corazón y se humilló delante de Dios. ¡Qué contraste con aquello de “no reciben porque piden mal”! (Santiago 4:2-3).

El ser celestial dice a Daniel “fueron oídas tus palabras y a causa de tus palabras yo he venido”. El gran consuelo es saber que cuando oramos de acuerdo a su voluntad, el nos oye (1 Juan 5:14). El Padre escucha nuestras oraciones y sus manos están dispuestas a actuar a nuestro favor. Los infinitos recursos del cielo se ponen en marcha para los fines dispuestos por Dios. Un ángel fue enviado personalmente para darle respuesta a la oración de Daniel.

El ser celestial revela que no llegó de inmediato porque “el príncipe del reino de Persia” se le opuso “durante veintiún días”. Es evidente que un ser humano no puede oponerse al accionar de un ángel, de modo que concluimos que este contendor era también un ser espiritual, pero al servicio del Enemigo. Estos poderes espirituales existen. El conflicto espiritual entre Dios y sus ángeles versus Satanás y sus demonios es real y la Biblia lo enseña en varios pasajes (Efesios 1:21, 6:12, Colosenses 1:16, 2:15, etc.).

Gracias a la intervención de “Miguel, uno de los principales príncipes” el ser celestial finalmente llegó hasta a Daniel. Este Miguel aparece en Daniel, Judas y Apocalipsis. Su nombre significa “¿Quién es como Dios?”. En Judas es calificado como “arcángel” y es el único ser celestial al que se le atribuye este rango de “ángel principal”, que implica gran autoridad y poder. Aunque Judas 9 habla de “el arcángel Miguel”, usando artículo definido, quizás no sea el único, puesto que aquí se dice que es “uno de los principales príncipes”. La misión específica de Miguel parece ser defender a Israel de los ataques del enemigo. En Daniel 12:1 Miguel es llamado “el gran príncipe que está de parte de los hijos de tu pueblo”.

Por alguna razón Dios permitió la demora de tres semanas. No se nos revela cual. Pero quizás, como algunos piensan, pudiera ser para desarrollar a Daniel como un hombre de oración persistente. Lo que si se revela es la razón del ser celestial en venir: “He venido para hacerte saber lo que ha de venir a tu pueblo en los postreros días; porque la visión es para esos días” (10:14).

Es una misión de revelación. Dios quiere que Daniel, que había dispuesto su corazón para ello, sepa las cosas que van a suceder. En efecto, las visiones de los capítulos siguientes, aunque contienen aspectos de corto plazo y más detalles sobre Antíoco Epífanes, están fundamentalmente enfocadas en el largo plazo, en los tiempos finales o “los postreros días”.

10.3 La reacción de Daniel (10:15-21)

Daniel escucha las palabras del que hablaba, pero no lo miraba directamente. En actitud reverente permanecía “con los ojos puestos en tierra, y enmudecido”. Sin embargo, viene “uno con semejanza de hijo de hombre tocó mis labios”.



Esta acción simbólica era para que Daniel hablara: “Entonces abrí mi boca y hablé, y dije al que estaba delante de mí: Señor mío, con la visión me han sobrevenido dolores, y no me queda fuerza ¿Cómo, pues, podrá el siervo de mi señor hablar con mi señor? Porque al instante me faltó la fuerza, y no me quedó aliento”.

La visión había causado un efecto demoledor sobre el físico de Daniel. La palabra “dolores” tiene la idea de un dolor que hace retorcerse, se usa para los dolores de parto (por ejemplo en 1 Samuel 4:19 y en Isaías 13:8). Tampoco hay consenso respecto a la identidad de este “con semejanza de hijo de hombre”. Para algunos es un ángel enviado para fortalecer a Daniel, para otros es EL hijo del hombre. Recordar que así se describe al Mesías en 7:13.

La cuestión es que el profeta recibe fortaleza sobrenatural para continuar: “Y aquel que tenía semejanza de hombre me tocó otra vez, y me fortaleció, y me dijo: Muy amado, no temas; la paz sea contigo; esfuérzate y alientate. Y mientras él me hablaba, recobré las fuerzas, y dije: Hable mi señor, porque me has fortalecido” (18-19)

Se reitera una vez más que Daniel es muy amado en el Cielo. Recibe palabras de aliento. Dice Carballosa que en el hebreo original las palabras traducidas como “esfuérzate y alientate” son las mismas. Dice literalmente: “sé fortalecido, sé fortalecido”. Esta repetición es una forma de enfatizar una afirmación (como de cierto, de cierto te digo).

El personaje celestial que habla con Daniel continúa con su mensaje: “El me dijo: ¿Sabes por qué he venido a ti? Pues ahora tengo que volver para pelear contra el príncipe de Persia; y al terminar con él, el príncipe de Grecia vendrá. Pero yo te declararé lo que está escrito en el libro de la verdad; y ninguno me ayuda contra ellos, sino Miguel vuestro príncipe” (20-21).

Este pasaje descorre el velo de la guerra espiritual que subyace tras el mundo físico. Si bien el personaje celestial ha llegado a Daniel para transmitir este mensaje, la batalla no ha terminado. Debía volver a luchar contra el príncipe de Persia hasta vencerlo, y luego enfrentar al príncipe de Grecia. Si como vimos, el príncipe de Persia es un ángel, representante de este poder mundial, el príncipe de Grecia también debe serlo, pero representando a Grecia. Según Carballosa, el pasaje parece mostrar que “estas naciones mencionadas tienen una especie de ángel o ser sobrenatural que administra sus asuntos”. En este sentido, Miguel es mencionado como el príncipe que está a favor de los hijos de Israel (12:1).

Pese a que Dios permitió que su pueblo sea subyugado por potencias extranjeras, mantiene un cuidado especial sobre ellos, luchando contra Persia y Grecia una batalla espiritual oculta a los ojos humanos. Todas estas cosas están escritas en el “libro de la verdad”, es decir, son propósitos inmutables del Soberano. Al final, la victoria será de Dios. En el proceso Israel será vapuleado y humillado. Pero “hay un Dios en los cielos” que ama a su pueblo, que tiene pensamientos de paz para ellos y que, a su tiempo, cumplirá su pacto y sus promesas.



El capítulo termina con el primer versículo del siguiente. Darío el Medo gobernaba Babilonia como regente de Ciro el persa. El ángel dice “Y yo mismo, en el año primero de Darío el medo, estuve para animarlo y fortalecerlo”. De modo que este ángel y Miguel unen sus fuerzas para defender a Israel.

Conclusión.

El enemigo tiene su plan. No ignoramos sus maquinaciones. Tiene su poder, no olvidamos que el mundo entero yace bajo su influencia. Tiene sus “huestes espirituales de maldad”, no menospreciamos sus fuerzas. Pero también sabemos que la victoria nuestra. Hemos vencido, porque mayor es el que está en nosotros, que el que está en el mundo (1 Juan 4:4).

Algunas preguntas de repaso y reflexión

- ¿Qué podemos aprender de la actitud de Daniel en oración y la preparación para recibir la Palabra de Dios?
- ¿Cómo podemos imitarlo nosotros en nuestro tiempo de oración y devoción?

Para ver todo nuestro contenido visítenos en:

<https://www.llamadaweb.org/>

Le recomendamos conocer nuestra literatura disponible:

<https://www.llamadaweb.org/tienda/>

¡Síguenos en nuestras redes sociales!

